

El carisma apostólico y la espiritualidad del *Regnum Christi*

Card. Velasio De Paolis, C.S.

Delegado Pontificio para la Legión de Cristo y el Regnum Christi

El tema que se me propuso fue “El carisma apostólico y la espiritualidad del *Regnum Christi*”. Pero, ¿en qué pensamos cuando escuchamos estas cosas? Creo que nos viene a la mente la realidad que se ha hecho presente durante toda esta mañana. Pensamos en la Legión de Cristo, en el *Regnum Christi*. Pero el *Regnum Christi* ha demostrado ser una realidad en la que hay un número muy elevado de personas que lo conforman. Aun haciéndolo con un modo o grado de pertenencia diverso, todos se sienten parte de él. Tenemos también las personas consagradas de la rama masculina y de la rama femenina. Y todas estas realidades las he conocido gracias a un mandato pontificio que recibí hace poco más de tres años, en 2009.

El primer encuentro lo tuve con la Legión de Cristo. ¿Por qué? Porque así ocurrió históricamente. De suyo, los legionarios recibieron mucha atención también en la Iglesia. Sabemos que los problemas fueron suscitados sobre todo por los legionarios y la Iglesia se ha interesado de tal manera que envió cinco obispos por todo el mundo para conocer de primera mano lo que sucedía. De hecho, entre nosotros tenemos a uno de ellos: Su excelencia Mons. Ricardo Blázquez. Él también continuó su tarea pues el Papa le confió la visita a los consagrados y a las consagradas.

No hubo – y ahí hay una laguna – una visita en forma a la realidad más amplia que es el *Regnum Christi*. Con el andar del tiempo nos dimos cuenta que la realidad más grande es el *Regnum Christi* y que la Legión pertenece al *Regnum Christi*, como también las personas consagradas.

Cuando contemplamos esta realidad en su conjunto, podemos percibir que se trata de una realidad hermosa, grande, que hace palidecer todas los “dimes y diretes” e incluso los pecados que pudieran haberse dado. Por desgracia, también en el Reino de Dios en este mundo se pueden encontrar también pecados; pero el Reino de Dios no se detiene para considerar el mal que hay, sino la grande riqueza del amor de Dios que nos perdona, nos acoge y nos permite reemprender el camino una y otra vez. Ésta es la experiencia que he podido hacer, junto con mis colaboradores, en mi papel de Delegado Pontificio.

Hoy nos encontramos delante de una enorme riqueza. Encontramos al *Regnum Christi*, un movimiento católico de apostolado que tiene más de 30 mil miembros de primero y segundo grado, que incluye un instituto religioso clerical —la Legión de Cristo—, que tiene 120 obras de evangelización, universidades, escuelas, obras de apostolado. Hay también en él personas consagradas, sacerdotes y religiosos. Encontramos presente a todo el pueblo de Dios que pertenece a él y es ésta la realidad que admiramos y en la que podemos percibir la presencia de Dios. Aquí encontramos los motivos de esplendor, de plenitud y de alegría que hemos escuchado en los testimonios hace unos minutos.

Pero también debemos confrontarnos con la vida. Y es la vida misma la que nos impone que no inventemos cosas nuevas, que no suprimamos cosas hermosas, pero sí que las organicemos un poco mejor. Es necesario verificar si en algún punto del camino no hemos sido iluminados de manera adecuada y tenemos necesidad de reordenarla.

Esta realidad tan unitaria y, por decirlo de alguna manera, tan compacta, hemos tenido que reorganizarla para obedecer al mandato pontificio de revisar el carisma y acompañarlos en la revisión de las Constituciones. Éste fue nuestro punto de partida. Pero, mientras recorríamos el camino de revisión de las Constituciones tomamos conciencia de la realidad del *Regnum Christi*, de la presencia de las personas consagradas y de todos los miembros y simpatizantes de este movimiento. Después de haber descompaginado un poco las cosas, hemos tenido que hacer el esfuerzo por volver a reagruparlas y darles así una nueva unidad. Éste es el camino recorrido hasta ahora.

Ya desde el inicio nos dimos cuenta de una cosa muy hermosa: no existen realidades diversificadas, sino que existe una realidad unitaria que está a la base de todo: el carisma común del *Regnum Christi*. Es desde aquí que hemos iniciado nuestro camino. Casi con sorpresa nos dimos cuenta que la Legión de Cristo, los hombres y mujeres consagrados y los demás miembros y simpatizantes del *Regnum Christi* actúan animados por una común inspiración que es la instauración del Reino de Cristo en el mundo. Es el gran descubrimiento de una realidad que ya existía y que hemos querido profundizar y que seguimos estudiando para que brille cada vez más de una manera ordenada y plenamente armonizada dentro de la Iglesia.

Hubo un día en que, mientras buscábamos este carisma, los representantes de los diferentes grupos hablaron con total libertad. Fue una jornada espléndida. Cada uno compartió su propio testimonio y hemos visto que las cosas están no sólo en los escritos, no sólo las reuniones que se hacen, sino

en el corazón de todos los que pertenecen al *Regnum Christi*. Mientras cada uno compartía la propia experiencia era cada vez más evidente que lo que cada uno había vivido de manera personalísima era también la experiencia común de los demás.

Fue entonces que nos encaminamos a encontrar esta unidad profunda y, como resultado, redactamos un texto que hemos titulado “Elementos esenciales del carisma del *Regnum Christi*”. Es al interno de esta unidad que hemos identificado los diferentes componentes o sujetos: si hay un Reino de Cristo, una espiritualidad y un carisma común a tantas personas, también es verdad que este carisma se vive de diversas maneras. Dentro de este carisma hemos encontrado que hay sacerdotes religiosos, que hay personas consagradas que viven los consejos evangélicos y en modo asociativo, que hay fieles laicos que viven su dignidad de bautizados dando testimonio del misterio de Cristo presente en cada corazón.

Podemos decir que toda la Iglesia está presente en el *Regnum Christi* y que esta Iglesia está unida en el carisma del *Regnum Christi* que cada uno vive según su propia identidad de fieles laicos, de fieles que encuentran su vocación en la profesión de los consejos evangélicos e incluso de sacerdotes y de religiosos. Cada uno recorre su propio camino pues la variedad no daña la unidad, y la unidad es mucho más bella cuando es fruto de una variedad de dones armonizados por una meta y una vocación comunes.

Hemos recorrido esta ruta y estamos todavía en camino. Quiero aclarar que el camino no ha sido fácil y que hemos encontrado algunas dificultades, precisamente en el carisma. Se refleja en el tema que me han propuesto para mi relación: carisma apostólico y espiritualidad del *Regnum Christi*. ¿Qué quiere decir “carisma apostólico”? ¿Acaso la espiritualidad no forma parte del carisma?

Para mí, la palabra carisma, que es muy bella, hay que tomarla con cierta reserva o, por lo menos, buscando especificarla ulteriormente. Sabemos que la palabra carisma no es tan extraña, que es de origen griego y que significa don, don de Dios. Pero, ¿hay algo que no sea un don de Dios? Entonces, ¿es todo un carisma? El sentido de esta palabra ha sido usurpado de lo que decía Pablo en la primera carta a los corintios en donde habla de la Iglesia que tiene variedad de dones y en la que hay una manifestación especial del Espíritu Santo para utilidad de la Iglesia. Si es una manifestación especial del Espíritu, eso no significa que no haya también una manifestación general ni que la manifestación “especial” sea mejor que la “general”. Es más, la manifestación especial es para la utilidad de la comunidad de cara a una necesidad. Por eso, yo diría que una manifestación espe-

cial no es del todo necesaria a la Iglesia, pues lo que es necesario, como pueden ser el don de la vocación, de la vida cristiana, del sacerdocio, de la santidad, son carismas –dones del Espíritu Santo–, pero no son “especiales” porque están siempre presentes en la Iglesia. Los dones “especiales”, en cambio, los regala el Espíritu para afrontar exigencias particulares dentro de la Iglesia.

Utilizar la palabra carisma dentro de un proyecto tan grande como el del *Regnum Christi* nos puede traer algunas dificultades. Sobre todo, si dentro de este proyecto hay una congregación religiosa de sacerdotes o personas consagradas, entonces la realidad se complica un poco. El Código de Derecho Canónico utiliza la palabra con mucha parsimonia: no aparece en absoluto. Cuando habla de la realidad de la vida consagrada y de la profesión de los consejos evangélicos, el Código usa la expresión de patrimonio, identidad, vocación... Usa un lenguaje más amplio porque estamos hablando de un proyecto de vida que comprende toda esta realidad compleja.

¿Es un carisma general o especial? No podemos decir que sea ni lo uno ni lo otro. Y por eso, por lo que ve al camino que estamos recorriendo, precisamente porque se trata de una realidad muy rica, es mejor usar el lenguaje de la Iglesia que nos invita a valorar esta realidad compleja como un patrimonio espiritual: un conjunto de dones que Dios ha hecho a la Iglesia a través del *Regnum Christi*. Y este conjunto tiene diversos componentes.

Tiene en primer lugar el componente de la inspiración, que es un don del Espíritu Santo. ¿A qué nos lleva el Espíritu? ¿Con cuál espiritualidad? ¿En qué misterio de la vida de Cristo se inspira, de manera que éste se convierta en el elemento unificador de toda la realidad? Entonces hablamos de un carisma, de un don, de una identidad, de un patrimonio que es confiado a la Iglesia, se convierte en algo propio de la Iglesia y quienes lo poseen deben protegerlo a través de normas fundamentales que tienen que ver con la identidad misma del carisma, su naturaleza, su promoción, su finalidad, su misma espiritualidad, etc.

Es un camino que estamos recorriendo, pero no es un camino de novedad absoluta. Diría que es más bien un camino en el que hay que hacer retoques, de una mejor organización, de una mejor identificación. Pienso, y así lo espero, que el fruto de este camino será un profundo redescubrimiento de esta realidad que unifica todos los elementos y los componentes que participan de este carisma.

Cuando pensamos en el carisma del *Regnum Christi* pensamos en grande. Pensamos en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Pensamos en la unidad del designio divino sobre la historia de la salvación. Cuando

hablamos de la realeza de Cristo, hablamos de la realeza de Dios, el Rey del universo, y comprendemos mejor el significado de este misterio. Estamos habituados a pensar en la realeza como dominio. Debemos mirar más alto para llegar a la realeza de Dios que es sumo amor y que se entrega sin medida. No es rey porque quiere dominar, sino que es rey porque es el amor supremo, la libertad suprema, y quiere hacer partícipe de su amor a toda creatura para llenarla con su gracia y con su amor.

Desgraciadamente ha intervenido el pecado que ha trastocado el proyecto de Dios. Pero ha venido Jesús. ¿Y qué nos ha anunciado? «El Reino está cerca; conviértanse y crean en el Evangelio». Nos ha enseñado la oración: «¡Venga tu Reino! Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo; santificado sea tu Nombre». La realeza de Dios es la única grandeza, la única belleza, la única realidad que llena el mundo. La realeza de Jesús consistió precisamente en ponerse enteramente al servicio del misterio de Dios: «Yo no tengo nada que sea mío. Mi doctrina no es mía. No tengo otro alimento que hacer la voluntad de mi Padre». Esta realeza se manifestó en el don supremo de su propia vida. Así ha nacido un mundo nuevo, un mundo que queremos poseer y al que nos sentimos llamados para entregarle nuestra adhesión y nuestra participación.

Termino, porque el tiempo pasa... ha pasado. Pero el horizonte que se abre delante de nuestros ojos es grandioso, bellísimo.

Profundicemos en el misterio de Dios, en el misterio que quiere habitar en medio a nosotros, que quiere llenarnos de sus dones. Quiere transformar el mundo que gime de tristeza cada vez que se aleja de Dios —es la tristeza que nosotros experimentamos también—, para que pueda encontrar la alegría y la paz. Trabajamos por el Reino de Dios porque al hacerlo trabajamos para el amor de Dios y así trabajamos a favor de la felicidad del hombre. Trabajando para el amor de Dios, trabajamos para la vida eterna, para la plenitud y el cumplimiento de todas las cosas. ¡Felicidades por todo esto!